

—¿Podría Ud., Juan Firula, escribir algunas crónicas para los lectores de Las Ultimas Noticias?

Al sentir esta voz, me hallaba en otro planeta. Quizá si miraba, desde el segundo piso de El Mercurio, sin ver nada las colas de gentes que ponían avisos económicos. En una palabra, estaba "pajareando". Instintivamente al volverme vi tres hombres risueños. No alcancé a decir "esta boca es mía" cuando recibí la segunda oración.

—Siempre que Ud., desde luego, no se

ponga "Chicago Chico".

Bien sabía yo que quería decir todo eso.

—Méndez Carrasco es un antiguo colaborador del diario y sabe hacer las cosas, director.

La proposición había partido de Nicolás Velasco del Campo, director de Las Ultimas Noticias, y mi defensa la emitió Luis Sánchez Latorre (Filebo). Más allá, tras unas gafas de abuelo simple, asintiendo y sapeando por encima, estaba el singular Homero Bascuñán, el de los doscientos pseudónimos.

Mis armas: espontaneidad, experiencias, ridículo mayúsculo, antihipocresía y desorden. 222???

Y ahora, adelante con Las Crónicas de Juan Firula.

CRONICAS DE JUAN FIRULA

ARMANDO MENDEZ CARRASCO

SECCION CHILENA

SECCION CONTROL

Inscripción 30.104.

Derechos reservados para todos los países

SANTIAGO DE CHILE 1965 A

Nicolás Velasco

Luis Sánchez Latorre (Filebo)

Homero Bascuñán

Obras del autor:

Juan Firula, Cuentos, 1948 (agotada).

El Carretón de la Viuda, Cuentos, 1951 (agotada).

El Mundo Herido, Novela, 1955 (agotada).

La Mala Intención, Cuentos, 1958 (agotada).

Chicago Chico, Novela, 1962, 4ª edición.

Dos Cuentos de Jazz, 1963.

Crónicas de Juan Firula, 1965.

;Ordene mi Teniente! Novela, 1965.

en el viejo olimpia

Mis amigos saben que no soy escritor de autobiografías. Sin embargo hoy, echando en saco roto esta tendencia, escribiré algo muy personal. Trataré de bosquejar un cuadro más o menos limpio de lo que me aconteció hace algún tiempo, para que nadie se enoje conmigo; por principio no aplicaré la política de sacar trapos al sol. Sé que muchos personajes, nombrados en esta crónica, no

levantarán la mano para decir "ese soy yo".

Me atajan por ahí para que recuerde los dichosos días del "Salón Olimpia" y su nutritida galería de contertulios.

Al trazar estas líneas diré que los coléricos han existido siempre bajo diferentes apelativos. Creo que con anterioridad se les llamaba "pijes", "pitucos". Estos pijes y pitucos eran hijos de "papá" y hacían tales bribonadas que asustaban a 'mamá". Algunos se creían reyes con

sólo diez pesos en sus bolsillos.

En el "Salón Olimpia", que era un dancing de calle Huérfanos y que ostentaba el luminoso letrero "Ramis Clar desde 1892", se vivía un mundo casi mágico. Allí sólo rezaba el presente, pues ninguno habría cometido la "aberración" de acostarse por la noche; eso era de mal gusto y absolutamente "anormal". El hecho equivaldría a un delito tan grande como eludir un "swings" tocado por la orquesta de Fernando Lecaros en estilo Chicago o New Orleans.

El Olimpia se estremecía entre 19 y 21 horas y de 23 a 3 de la madrugada. Después había que ir a apurar los pasos con un caldo de cabeza a la endemoniada calle Bandera. Moverse en el Olimpia costaba un ojo de la cara. Las listas del ex-Comisariato de Subsistencias y Precios no mienten: una cerveza valía la friolera de \$ 3,40, y unas once, bastante roceadas con merengue, galletas de aguas, dulces y mermeladas, algo así como \$ 4,20. Sólo los poderosos ganaban un sueldo de \$ 1.500 mensuales.

En el Olimpia hervía un mundo heterogéneo: empleados, profesionales, oficiales de todas las armas y un grupo, muy especial, de seres sin suerte, sin destino, sin ni pizca de amor al futuro. En esta última "peña" figuraba mi nombre. Simplemente se vivía. Quizá muchos de esos parroquianos están hoy bajo tierra y otros sean

grandes señores que lean esta crónica escondidos de su mujer. Habría que reconocer que las niñas habitúes del Olimpia, no se crea que retrocedo muchos años, deben ser hoy fornidas señoras con una buena hilera de niñitos simpáticos, buenos para el chupete y "firmezas" para la cimarra. En una palabra son los notables coléricos, cuyos papás se olvidaron de sus viejas travesuras. Estos pilluelos del presente se distinguen por sus melenas, ternos estrambóticos y zapatones de gamuza. Seguramente la super-nueva generación hallará anticuado a los Beatles y los viajes interplanetarios no tendrán ninguna gracia.

Los visitantes del Olimpia eran, sin excepción, extravagantes. "Renato" usaba unos descomunales cuellos duros. A este principal bailarín, de apellidos muy vinosos, le llamaban también "Mister Cuellini". Destacaba también, sin faltar jamás a la lista, un gordo muy liviano de sangre. Era un trompo para el baile: no perdía ni las poesías. En las huestes "olímpicas" se distinguía "Balalo", hombre muy agradable y honradísimo. Otro ejemplar era el "Cachantún", fiero y valiente como un guerrillero; el "Cheno", corpulento como un toro y con alma de niño; el "César", gran vividor, y el "Yo-yó" siempre risueño y melancólico por el peso de alguna enfermedad incurable. "El Perro Marín", ya quieto, sonó mucho, pero no tenía nada de perro ni de quiltro.

Las niñas, para reconocerlas, había que anteponerles el artículo definida "la". Así, por ejemplo, sobresalían por su gracia en la conga "La María", "La Betty", "La Divina", "La Venus", "La Guagüita" y "La Ro-

tunda".

En los tiempos del viejo Olimpia, o sea en la década del 40, yo no pensaba aún escribir. Consideraba que eso de hilvanar frases floridas era asunto de tarados. Estimaba que los escritores no se lavaban jamás, que eran melenudos, barbudos y unos chiflados empedernidos que gastaban horas diciendo barbaridades sobre un señor Balzac, Valery y Víctor Hugo. Una vez se me ocurrió, por chancear, preguntar dónde vivirían esos caballeros y casi me pegaron. Mis amigos de entonces usaban

'alias", pero se autocalificaban de "doctos".

Mis excentricidades subían, cada día. de tono. En las dos tandas bailables del Olimpia llegué a cambiarme hasta tres cuellos duros, y en algunas ocasiones también otras prendas. Sudaba como "chino". Mi locura era total; no obstante no caía en las rondas policiales nocturnas, porque era carabinero. Cosa difícil de entender: mis calificaciones eran óptimas, y eso no lo comprendía nadie, ni yo mismo. En razón de no sé qué rendía al máximo para que se me calificara como buen funcionario. Mi vida privada no la cuidaba. Además, constantemente ha rondado sobre mí el proceso de la muerte.

-Pero cómo diablos lo hace Ud., carabinero, si le

pega al bailongo toda la noche.

-Muy fácil, mi capitán...

Me había hecho amigo del carabinero-cocinero, del mozo, del suboficial de guardia, del cuartelero, y de todo el mundo. Almorzaba a las 12 en punto; cinco minutos despues roncaba en la Cuadra de mi Escuadrón hasta las tres de la tarde. Con esas tres horas de descanso estaba listo para iniciarme de nuevo en el Olimpia.

Un día se me pelaron los cables en forma; me mandé a confeccionar a la Cooperativa de Carabineros un terno sin cartera. Por esta innovación me apodaron "El Sin Cartera". Todos me compadecían y se burlaban de mí; no me importaba. El terno, luego de tres meses de uso ininterrumpido, murió en la Caja de Crédito Popular, y cuando vendí el boleto se armó la grande. El comprador, al rescatarlo, casi me asesinó. Nunca en mi vida corrí más rápido para conseguirme dinero y deshacer el negocio.

-¡Qué extraño! Cuando lo empeñé tenía carteras.

-; A mí no con extraño, gancho!

En esos días de "gloria" y pena, diré que mi mayor enemigo fue el dinero. Por "Caballero es Don Dinero" fui humillado, arrastrado y pisoteado. Reconozco que no pensaba, sino vivía. En el Escuadrón, donde servía, hacía cuatro años que no sacaba sueldo. Abastecía mis bolsillos a "burro partido", es decir, adquiría determinadas mercaderías en la Cooperativa de Carabineros, que vendía en la cuarta parte de su valor. Si alguien hablaba del futuro, sonreía. Cuando miro hacia atrás me da horror. Estoy cierto que cuatro lustros han sido como veinte minutos. Pero esa vida no se la doy a nadie.

Mi despertar se inició el día 12 de agosto de 1944, a las 11 de la mañana, es decir, en el mismo instante que puse papel en la Underwood y escribí mi primera crónica. Creo que sólo allí vine a darme cuenta a qué había venido al planeta. Durante 28 años había existido como un pajaro, sumido en superlativa irresponsabilidad.

No me quejo. En el Escuadrón en que militaba se desempeñaba el carabinero Hugo Mendoza Gaete. Era un joven del sur, de buen carácter y todos los envidiaban porque en una rifa interna había obtenido el número premiado sacándose un revólver del siete. Yo conversaba a menudo con él; me atraía su desprecio por las cosas terrenales. La mañana del citado día tuve una mala noticia: mi amigo carabinero había sido destrozado por una camioneta que corría velozmente por Bilbao. Eso me impresionó y como el causante del delito quedó en libertad a las pocas horas, por ser alto empleado de Gobierno, me dolió. Me afectó la injusticia. Me rebelé.

Sólo en ese momento moví la máquina y nació la primera crónica; fue un artículo muy amargo que me publicó un diario de la tarde. Cuando vi mi nombre en el rotativo casi desmayé. Para ser honrado, contaré que sólo pensaba salir en el diario una vez en mi vida y en la lista de defunciones. Claro que al mostrar mi escrito a algunos de mis amigos se murieron de la risa; nadie me creyó. Me tenían por un desharrapado, sin órbita, sin futuro, sin nada. En todo se podría creer, menos en que yo era capaz de hacer una crónica. Fue una emoción

que compartí con la soledad.

Mi segundo intento literario salió totalmente fallido; de todas maneras fue publicado, pero no lo entendió nadie. Era mental. El periodista Julio Cordero Bustamante, que en aquel entonces se desempeñaba como Jefe en Informaciones del Estado, me aconsejó que debía cambiar de ruta, pues así iba al fracaso. Y con un poco de pena, de repente recordé la vida de desastre que había llevado y ¡zás! hallé el tema. Mi error fue escribir en primera persona. Desde aquí parte mi desgracia, pues son muchas las personas que creen que soy autor de autobiografías. Las opiniones antojadizas no me interesan.

Estas impresiones las cuento sin ponerle ni quitarle, pues deseo ser muy verídico. En mis novelas también lo soy, pero ésos son pasajes vividos, observados;
desde luego los personajes se parecen a dos gotas de
agua de igual peso y volumen. Mi última confesión es
trágica: hace 14 años que no duermo. Estuve quince
despreciando la noche por estrujar los ambientes "tabú"
de Chicago Chico y Bandera y el resultado es justo:
¡Dios castigo, pero no a palos! Quizá en un año más, al
pagar mi deuda, pueda cerrar mis ojos como los seres
normales.

un mundo alocado

Me he propuesto escribir una serie de crónicas autobiográficas, y cumpliré. No lo hago por vanidad, sino para que esta muestra sirva de algo y nadie imite. Si "gozo" de bastante "desprestigio" en la actualidad, diré que no me duele. Recibo mi merecido. Así como también muchos lectores tendrán derecho a pensar que me falla

el "chape" por contar estas cosas. No puedo, aunque lo

intente, oficiar de caballero grave.

Se hace un poco difícil entender que un hombre que ha vivido con violencia, sin sujetarse a ninguna órbita, sin doctrina política, de la noche a la mañana, comience a escribir. Porque esto me pasó a mí; quizá nadie en el mundo pueda precisar la hora en que desperté al universo fabuloso de las letras. Fue un hallazgo; no hice el más primario esfuerzo; no pensé. Yo estimaba que la vida era un carnaval: una fiesta sin límite. Cuando me topaba con parroquianos preocupados de comprarse un sitio, una casa o un automóvil los hallaba retardados. ¿No era mejor disfrutar el presente? Hoy lo siento por-

que no tengo dónde caerme muerto.

Sólo ciertos antecedentes, casi chistosos, revelaban que algo se gestaba en mi interior. No se crea que me preocupó leer alguna vez a Descartes, Aristófanes o Zolá. A mi padre, hombre muy inspirado, le escuché decir que para ser medianamente culto habría que estudiar, como mínimo, la Biblia, La Divina Comedia y a Don Quijote de la Mancha. Una vez quise acoger el consejo paternal; empero hallé que esos libros eran muy "gordos". Fui un convencido de que estaba fracasado por todos lados. Era un ignorante completo; sin embargo, era dueño de un carácter travieso y como siempre he sido un desmemoriado de primera clase, no reparé o no me afectaron las muecas del estrechísimo núcleo que me rodeaba.

Las excentricidades que antecedieron a mi despertar de escritor fueron múltiples y sólo se anidaban en la cabeza de un loco de remate. La cinta del sombrero, por ejemplo, fue reemplazado por un vulgar cordón de zapato. Las bastillas de mis pantalones no me las bajaba jamás: parecía gringo pobre. Mi abrigo "dominguero" pasaba hablando inglés en una de las Cajas de Crédito Popular de la capital. Pero en los crudos inviernos me daba el lujo de lucir un sobretodo distinto cada día. Como todos los carabineros del Escuadrón de Ametralladoras de la Escuela de Carabineros eran mis amigos, o por lo menos admiraban mi natural desenchufe, me autorizaban para usar sus abrigos mientras cubrían los servicios de Guardia de Palacio. Otra modalidad que ningún varón imitó la constituyó una corbata amarilla. Estuvo en mi pecho durante cuatro lustros. Parecía cana-

rio, sin nada de angelical desde luego.

Mi grupo de amigotes, que se había mudado del Olimpia al Tráfico del Chicago Chico (calle Merced en tre Plaza de Armas y San Antonio), me secaban a tallas. En este último dancing-café escribí "Juan Firula" y allí me apodaron, por burla, "El Víctor Hugo". ¿Qué me importaba a mí? El Tráfico de la época era un negocio de bajo fondo, se hablaba en "coa" (algunos dicen "argot") y "Balalo" pedía "Sota" para aceitar la máquina. Todos se creían diablos. También yo. Casi ninguno, con determinadas excepciones, eran capaces de sacar a relucir 'la que no mete ruido" (cuchilla). Muchos no poseían instintos perversos, sino "vivos" que se engañaban vendiéndose "papelillos de la mague" (pizzicatta). Los "giles" adquirían a \$ 300 el gramo, y era puro bicarbonato; sin embargo, todos reían y bailaban el Saint Louis Blues, de William C. Handy, magistralmente interpretado por la orquesta de Lalo Dalton. Dalton dirigía un conjunto de músicos bien organizados, pero no entendía ni jota de música. Lalo Dalton, bailarín de suma gracia, murió muy joven; una mujer abnegada lo cuidó con esmero y los cafés del centro santiaguino se quedaron tristes y silenciosos por algún tiempo.

Así era mi vida; me desenvolvía en ambientes prohibidos, donde nadie le tenía miedo al lobo. El motivo existencial era el baile; no creo —o no recuerdo— que haya dejado de bailar una sola noche en un trazo de 15 años. Habría sido mi muerte, y como a los malos los protege Dios, no sufrí tampoco, en ese lapso, ni siquiera el más leve resfrío. Fui mal cliente de la Bayer. Si me hubiese cuidado seguramente dormiría, desde hace tiempo, en la fosa común, por que ningún ser, por mi desprestigio, se habría preocupado de colocarme en un cómodo nicho. Tampoco lo deseaba; prefería la tierra, y la sigo prefiriendo, pues deseo servir de abono a los llorones y crugientes cipreses del camposanto.

Era consciente de algo elemental: no valía un comino; pero observaba y en muchos amaneceres, aterido, con hambre me formulé preguntas que me dejaron

lelo:

"¿Por qué me estaba matando en esa forma?"

Mi desdicha me pertenecía. Mi vida se desenvolvía fuera de eje, casi con anarquía. Ahora, ya entrado en años, vacio estas obscuras experiencias sin pensarlas, sin prefabricarlas. Cuando censuran mis libros por "colorados" o comerciales, me río. Es cierto —y ahora lo digo—. muchas veces he intentado escribir obras sin palabras, que espanten: no puedo; me traicionaría. Es más fuerte que yo. Viví un mundo desfigurado, y ese mismo mundo desfigurado es el que trato de reconstruir para que ciertos hechos no vuelvan a repetirse. La picardía de alguno de mis personajes es tan veloz que mis armas no sirven. Podría hacerlo, mas junto con ello sería un mentiroso y no anhelo cometer delito.

Cuando escribí mi primer cuento no tuve creyentes: ni mis amigos "traficantes". Debí, muy apurado, conseguirme algunos tomos para darme un barniz de cultura, pues no sabía nada de Baudelaire, de Poe o de

Voltaire.

-¿ No sabís que el Mono se botó a hombre de letras?

-¿Letras protestadas?

—¡No, viejo literato! —¡La pechuguita!

Entendí que era un ignorante de "siete suelas". Pero poseía un corazón sentimental; recuerdo que muchos

relatos me hicieron lagrimear....

Ahora, a algunos años de distancia, trato de ser un hombre serio; no me resulta. Por eso, cuando por ahí hacen malos chistes con mis novelas, no me fastidio. En el fondo, todos siguen la creencia de que soy un desorbitado y seguramente no pocos piensan que mis extravagancias continúan.

Un amigo me dijo, hace ya varios años, que para desprestigiarse sólo era menester una mala acción. Pa-

ra prestigiarse se necesitan cien: yo estoy frito....

un gran corazón

Mis amigos eran amigotes, es decir, gentes que observaba la vida desde un plano inclinado. Venían de todas las clases y se detenían donde nace el hot-jazz. Quizá, por eso, esta modalidad musical siempre se le haya mirado con desconfianza. Pero esa música había nacido del dolor de los negros del sur de los Estados Unidos de

Norteamérica. Ahora es un arte universal.

Así lo han entendido Willie Bunk Johnson, Jean Cocteau, Hughes Panasié, Jean Paul Sartre y el musicólogo chileno Pablo Garrido. El hot-jazz es negro y entró a la sociedad blanca por la puerta trasera, o sea por la cocina.

El asunto jazz me ha hecho vivir y ver las cosas en forma muy vertiginosa. Cuando desperté al atrayente mundo del "swing", Chile, sin despreciar a los reyes del tango: Canaro, Razzano y Gardel, vivía la afiebrante época del shimmy y del fox-trot. Yo vivía para Louis Armstrong, alias "Satchmo", es decir "Boca de Maleta".

Le admiraré siempre...

Mi humilde carrera, con todos los bemoles y dolores de cabeza consiguentes, se la debo al hot-jazz. Hay ciertas personas que para escribir requieren de estimulantes fuertes y recurren a conocidas drogas. A mí me bastaba con escuchar "Chicago", cantado por Armstrong, o extasiarse ante "Everybody loves my baby" ("Todos quieren a mi chica"). Cuando contaba estas intimidades, mis queridos granujas reían, llevándose el índice a la sien derecha:

—"Al "Víctor Hugo" le falla en forma la cacerola". Pensaban que era un chiflado del "uno"; sin embargo, yo captaba y estaba dispuesto a salir adelante. Mis primeros relatos se agruparon bajo el título de "Juan Firula", y la publicación de ellos se la debo a Sergio Welsh Bustamante. No sé dónde hallarle; reconozco su gran corazón, demasiado generoso para esta tierra.

Una vez reuní un grupo de artistas —soy tan olvidadizo que no recuerdo sus nombres— y visitamos la Colonia de Niños Vagos del Mapocho. Esta colonia residía en Renca, y en esa "república" había prejuicios, porque un día de 1948 los "pelusas" se esparcieron, transformándose en delincuentes habituales. Algunos deben

estar muertos, otros en la cárcel. Desde que había visto caer a "Che Galdames", reclamando justa e injusta inocencia, esos seres despreciados me han preocupado; muchos han llegado a ser héroes de mis relatos.

Ante el panorama de la "pelusada", Sergio Welsh Bustamante se enterneció. Les envió un saco de porotos, y ellos rieron durante tres días. Después surgió otra vez el drama del hambre y los muchachos salieron a hacer sus fechorías. La colonia se disolvió sin pena ni gloria.

Andrés Sabella; Reginaldo Vásquez, poeta conocido como "El Querido Animal"; el pintor Manuel Gómez; y el osornino Roberto Márquez, que alguna vez palpó la miseria muy de cerca, quisieron hacer algo por los "pelusas" de Renca, pero era muy tarde. El esfuerzo de los muchachos de levantar la vía férrea de Matucana y de abrir un sendero hacia Lagunillas había quedado en el aire: no valía.

Con mis primeros cuentos me paseaba por todos los rincones: nunca perdía la fe. En aquel entonces nos reuníamos en el "Zótano Tropical", lugarejo cargado de emociones, que sostenían, a duras penas, Sergio Briceño y Juan Medel. A veces se asomaba por allí Augusto d'Halmar, Mariano Latorre y Carlos Sander, cuya "Luz en el Espacio" comenzaba a destellar. Diré que la noche bohemia és más obscura que la noche bailarina....

Allí conocí a Sergio Welsh Bustamante. Parecía un gringo, y gastaba la "torta" a manos llenas. En ese lugar me prometí editar mi primer libro de cuentos. Mis trabajos habían tenido ya su prueba de fuego, siendo lanzados por "Nuevo Zig-Zag", "La Hora" y 'El Mercurio" de Valparaíso. Confieso que ese primer intento literario pudo llamarse "Fogatas del Mapocho", pero Agustín Billa Garrido, ex Director de "La Hora", eligió el nombre "Juan Firula", y desde entonces se han olvi-

dado de mis apellidos. Ahora, como todo cambia, me dicen "Chicago Chico". Luego vendrán otros apelativos non sactos. Nunca alego por mis sobrenombres, pues ello me importaría perder los pocos pelos que me quedan.

-; Yo te publico "Juan Firula"!

Las palabras de Sergio Welsh Bustamante fueron contundentes; me estremecieron. Nunca me tendió nadie la mano. Me asusté y me emocionó; no obstante, cuando Sergio me hizo esa proposición que me electrizó tenía algunas copas en la cabeza.

-; Aquí tienes mi tarjeta! ; Anda a verme!

Naturalmente no fui; tuve miedo, casi pánico. Pensé en el amigo de Chaplín, ése de "Luces de la Ciudad", que le otorgaba amistad bebido, y una vez que compo-

nía el cuerpo le desconocía.

Pasaban los meses, continuaban apareciendo cuentos en diarios y revistas y el prestigio, a pesar de mi tesón, más bien huía. El hecho de hallar una veta literaria constituyó una burla mayúscula; además, escribía mal, porque todo procedía del corazón, y yo no le daba ni pizca de bola al cerebro. Cuando discutían de estilo, me corría. ¿Qué sería esa cosa?

Muchos meses después me topé en Ahumada con Sergio Welsh Bustamante; me trató mal por desafento;

me tragué la saliva.

—Simplemente no te creí, Sergio. Se dicen tantas cosas cuando....

Un mes después nació "Juan Firula" y esa obra me apena todavía; hay cuentos que me partieron el corazón y me dejaron, aunque no se crea, llorón para toda la vida.

Quisiera saber dónde está Sergio Welsh Bustamante para darle un abrazo bien apretado, a lo macho, no importa que se ría de mí toda la ex-cáfila hampona del Chicago Chico.

mi primera conferencia

Pienso que el hombre se crea su propia desgracia. No levantaré un dedo para decir que soy una víctima. Mi vida fue desordanada, y diré que ese desorden se proyecta un poco en el presente.

Mi estado de despreocupación es normal. No lo hago por postura. Tampoco sería capaz de ubicarme en un punto para buscar publicidad. Quien la anhele, se pierde. Simplemente no me dejo ver en reuniones públicas: eso no está en mi. El hombre triunfa mediante su tesón y su fe; las comidas de honor son negativas. Por el lado del trabajo nunca he flaqueado. Es cierto que mi mala pata raya en la locura pero ya pasará. Los escalones cuando se suben sin carga de nada valen. La pelea por no dejarme abatir ha sido monstruosa. Pero todavía las fuerzas me acompañan, y habrá que ponerle el hombro.

Por mi vida desarrapada, entendí que mucho público no estaba preparado para una literatura de mi clase. Escribí sin pensar en los resultados: mis libros los encasillaron como anarquistas; a menudo, gente de ambos extremos, me devolvía mis novelas, otros me escribían retándome como si fuese niño, y terceros me amenazaban. En el fondo, las anécdotas no son para contarlas; empe-

ro todo eso dejó huella de mi síquis.

Cuando publiqué "Chicago Chico" (4 ediciones agotadas) caminaba tan achunchado por las calles del Gran Santiago que parecía delincuente. Sin embargo, algo me decía que tenía que continuar.

Cometí el error de ofrecer la publicación de mi novela a algunas editoriales; salí con la cola entre las pier-

nas.

—; Esa cosa es impublicable! —; Rehaga la novela y vuelva!

Por supuesto que no la rehacía ni volvía. Me mor-

día; la soledad era tremenda en esos instantes.

Pero volvamos al desorden. El desorden para mi es una virtud tan apetecida como beber una coca-cola cuando tengo sed. Hay personas —y yo las admiro— que se afanan por abrocharse los cordones de los zapatos, que se ponen los calcetines o zoquetes correctamente, y que son tan metódicos que enferman a medio mundo. No soy perezoso, más no deseo ser esclavo de nadie, menos

de objetos absolutamente secundarios. Mi mundo es así: totalmente extravagante. No pienso en nada; el futuro no me espanta. Algunos estiman que soy un hombre feliz; están muy lejos. Sé aquilatar los dolores de la humanidad y esto me vino de manera inconsciente por la vida desorbiada que llevaba. Particularmente, creo que basta ser limpio, los ordenados pierden mucho tiempo y hay que trabajar...

Repito que no cuento todo esto por vanidad, sino para que ninguno cometa el delito de vivir como pájaro. Todo hay que pagarlo en este valle de lágrimas. No bebo; si lo hiciera, por mi colosal desajuste, me correspondería caminar con un tarrito por el centro pidiendo limosna. No me habría sujetado nadie. Además, estaría hace mucho rato durmiendo "un sueño de eternidades".

No menosprecio a mis semejantes; una vida inútil,

tiene, a veces, factores esenciales Todo sirve ...

Recuerdo que, de repente, a raíz de unos cuentos de niños abandonados que habían comenzado a aparecer en diarios y revistas, Jorge Alfaro Ramírez, ex Jefe del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación Pública, me propuso que dictara algunas charlas en los cuarteles de Carabineros.

—Ahí si que no don Jorge, ¿se imagina un escribiente hablando a la tropa ante un oficial? Me dan de

baja por insolente.

_De veras.

Con todo, Jorge Alfaro Ramírez — y no sé por qué—anhelaba que yo dictase esas charlas. En el Departamento del Cultura me topé con hombres de la talla de Nicomedes Guzmán, Antonio Acevedo Hernández y Oscar Vila Labra; confieso que tiritaba como pollo mojado. No me atrevo a decir que otras cosas biológicas me sucedieron. No podía echarme para atrás. Jorge Alfaro Ramírez me sabía entendido en problemas sociales de bajo fondo.

Eso fue un estímulo. Fueron mis momentos más difíciles.

-Su primera conferencia la dictará, entonces, en

la Penitenciaría de Santiago.

Un día domingo, siendo aún escribiente de Carabineros y bien aleccionado por el coronel y jefe del Instituto Superior de Carabineros que no podía decir que pertenecía al Cuerpo —no sé por qué—, partí a la Penitenciaría. Esa mañana me dio "colitis" varias veces: no era tan fácil enfrentarse con 1.500 recluídos y hablarles sin son ni ton de Arturo Prat. Preparé meticulosamente mi discurso, rehaciéndolo muchas veces. Un fracaso me habría afectado.

A las 10 de la mañana llegué al plantel penitenciario: no me salía ni la voz. Cuando presenté mi credencial del Ministerio de Educación, parecía un condenado a muerte. Muy luego recibí el primer chancacazo; me lo esperaba:

-; Cuántos años te tiraron, Mono?

-;Si vengo a dictar una conferencia, Cachivache!

—;Ja, ja, ja!

Me subieron a una tarima; la banda del plantel ejecutaba una marcha y a cada rato ubicaba mi largo escrito sobre el Héroe de Iquique. A mi derecha estaba el director de la escuela de adultos № 1, de Chile, Juan Huenchullan Medel. El me había visto "palomillar" en la Subida El Litre, de Valparaíso. Y se alegró de verme transformado en un hombre serio. Huenchullan se mandó una presentación de veinte minutos. Entretanto, yo sudaba tinta "china". Comprendí que no podía sacar mi papelito y comenzar mis cuidadas palabras sobre el capitán de "La Esmeralda". A todo esto, el discurso se me había extraviado en uno de mis bolsillos, y en lugar de ver 1.500 reclusos, contaba el doble, quizá el triple. Me perdí. El director de la escuela habío tan bien que consideré absurdo todo lo que había escrito y debí, igual

que él, imitarlo, es decir improvisar.

De puro gusto, invitado al hogar de Juan Huenchullan Medel, bebí uno de mis primeros tragos y se me llenó la cabeza de fiesta. Cuando trato de recordar mi primera conferencia sólo surge un ratón grande que se paseaba por la cabeza de un preso y le acariciaba como si fuese hermano. ¡Eso si que es inolvidable! mis abolengos

Apenas erguía mi joven cabeza por los aires cuando comencé a descubrir que todo el mundo se preocupaba, con o sin motivo, de la historia de sus apellidos. Muy poco valor le dí a este asunto, pues mi mayor problema consistía en gastar sólo el presente. Sobre esta base, sin dejar de poner atento oído, supe que algunos de mis an-

tepasados eran gloriosos por su sangre azul, escudos y armas. La entrada izquierda del Cementerio General, por ejemplo, guarda una lápida de mil ochocientos veinte y tantos atribuía a un tatarabuelo de mi línea paternal. Mi extensa nariz me ha servido de radar para establecer que el origen "principesco" que poseo me viene directo de las pampas argentinas.

Un familiar bastante chiflete hablaba maravillas de su descendencia gauchesca. Y la cosa rayaba en la locura o la leyenda, pues las veces que había venido algún ilustre varón a entregar la "torta" hereditaria, se producían hechos extraños. Cuando el emisario estaba a punto de ubicar a uno de mis parientes, se venía todo al suelo. En una oportunidad el comisionado (algo así como un notario a la antigua), fue atropellado por un insolente "folleque" del año veinte; el segundo enviado también murió trágicamente: se cortó el cable del ascensor en que subía a un cerro de Valparaíso, y no se supo nunca más de él. Se extravió la veta y mis linajudos parientes siguen esperando la venida del tercer mensajero.

Esta es la parte fragante de una rama de mi familia; la otra también me llegó de oídas; pero no deja muy bien parado mi árbol genealógico. Por supuesto que mi abuelo se cachiporreaba en forma, alegando que era pariente de primera sangre de los bandidos Pincheira. Yo les tuve siempre mala barra a los Pincheira porque eran realistas; es cierto que su valentía hacía estremecer a las viejas huestes patriotas. Hubiera deseado tener algún vestigio, aunque tosco, del "Héroe de las Tres Cruces", el bandido Neira, fiel amigo del guerrillero Manuel Rodríguez, el colérico Nº 1 de nuestra insigne Patria.

Crecí con un desorden bastante singular de familiares aristocráticos en mi cabeza. Era una especie de ensalada bien surtida, pero le faltaban los aliños. Estos llegaron muy luego al conocer, de soslado, la historia de la "Vieja Agustina". Nunca a su nombre se le antepusieron los símbolos de "señora", "doña" o "misiá". Creo que es un pariente muy lejano de mi persona; sin embargo, la siento muy cerca; me impresiona. Era una mujer muy valiente, casi atrevida, creyente de Dios; empero le daba ataque de histeria —a la moderna— si alguien le hablaba de la existencia del diablo.

Cuenta mi padre, y habrá que creerle porque no ha perdido su humor a pesar de sus años, que una vez tuvo miedo de ir al fondo de un sitio abandonado. De ahí para adelante mi asustadizo "apá" la vió con tongo. La ya famosa "Vieja Agustina", que jamás se desprendía de su antiquísimo revólver, lo llevó de la oreja al lugar del temor. Allá la "Vieja Agustina", con el trabuco sin funda y bala lista, se puso a gritar como loca, invocando al diablo. No cabe duda que el "malulo" se "achaplinó", y mi padre quedó vacunado y sin miedo para el resto de sus días.

-; No vís que no hay diablo, cabro moledera?

La "Vieja Agustina" vivía en ese medio de bandidos que narra Luis Durand en "Frontera". La presión me sube al redescubrirla encaramada en un viejo sauce llorón, espantando a los malhechores con esa arma de historia. Yo me inclino ante su temple. Probablemente no haya tenido los arrestos de "Doña Bárbara", del venezolano Rómulo Gallegos, pero fue un ser de carne y hueso. Con sus largas vestimentas de época muchas veces puso en fuga a cuatreros de gran coraje. Cuando el recordado capitán Trizzano arrasó con el bandolerismo de la Provincia de Cautín, la "Vieja Agustina", sin ser conocida oficialmente, había cortado un montón de cabezas asesinas.

Se ve a primera vista, que mi sangre es un remolino. De esos parientes, heroicos, santos o demoníacos, procede mi desajuste. Mi rectificación, en todo caso ha sido muy lenta. Nunca he deseado vivir engañado; me expongo a ridículos mayúsculos, pero descanso. Aquí deberé aplicar la sigla utilizada por Benjamín Subercaseaux: "¡Qué me importa lo que piensen de mi; lo interesante

es lo que yo pienso de ellos!"

Mi ingreso al Cuerpo de Carabineros en calidad de carabinero sin servicio militar (menos que carabinero raso), constituyó un gran pelambre familiar. Pero yo no quise escuchar a nadie, porque nadie me quiso apoyar. Sé que para ciertos mortales no valgo nada; no obstante lo "hecho, hecho está"; es mío.

Hay cosas que me agradaría callar; no puedo. Se me arranca la personalidad, y eso es grave. Adelante, enton-

ces.

Un familiar demasiado cascarrabias, me recomendó, llevándome a un rincón, que me abstuviera de contar que había sido paco de fila....

-Por lo menos di Mono, que fuiste teniente.

-¿Y qué te parece, para dejarte tranquilo, que pre-

gone que me contrataron de coronel?

Por eso me ha costado todo: no sujeto la lengua. Me gano admiradores de frente y enemigos también de frente. Me califican, por ahí, como un caso perdido. Incluso me entusiasma hablar cosas futiles. Me encanta que me crean tonto. "¿No lo seré?" Si algunas personas supieran cuánto se descansa conversando tonteras, me imitarían. Pero en el café y en todos los lugares donde se han improvisado "peñas literarias" se habla en tono mayor: Joyce, Kafka, Proust, Nietzsche.

Particularmente me quedo con Edgar Allan Poe; más por su vida desarraigada que por su maciza obra literaria. Me duelen sus días; recuerdo ese instante terrible cuando se arrastraba por las calles de Nueva York ebrio mientras el principal diario estadounidense le publicaba, en primera página, "El Cuervo". ¿No vale un

ensayo ésto? No me perderé de narrar esa vida, mas ello me significará que algún día, aunque sea a dedo, deba viajar a Estados Unidos para vagabundear por Boston, Baltimore y Nueva York, o sea, por los lugares más queridos por el "Angel Desgarrado". Soy objetivo, y no he escrito mi ensayo sobre la vida de Poe, porque para el norte conozco hasta La Ligua. Estoy diciendo la verdad. Si miento podría enojarse conmigo, desde ultratumba, esa gran mujer que se llamó la "Vieja Agustina", a quien aprecio más que si ostentase sobre mi pecho alguna insignia real.

pasos ministeriales

He establecido, sobre la marcha, que a mis semejantes no se les puede dar en el gusto, pues çi uno pinta la verdad, lo creen un mentiroso: si miente, piensan que dice la verdad, y lo ubican en un falso pedestal. Cuando me propuse escribir algunas crónicas para los amables lectores de "Las Ultimas Noticias" estimé que sería beneficioso dar a conocer pedazos de una vida auténtica. No es tan fácil; en todo caso estas líneas me reportan un gran descanso espiritual. No obstante, un asiduo lector me deja de una pieza:

Las medias papitas que te estái mandando por el

diario.

No soy admirador de los articulistas que se pasan citando fragmentos de pensadores célebres para aclarar más sus expresiones. Con todo, hoy haré una excepción. Hace algunos años, por chiripazo, me topé con unos sabios escritos de "El Conde Lucanor", ejemplo II, del Infante Don Juan Manuel, que a la letra rezan: "...busca de hacer lo mejor y lo que entendiesen que más te conviene, y sólo que no sea mal, no dejes de hacerlo por temor del dicho de la gente, pues ten por seguro que las gentes siempre hablan de las cosas según su deseo, y no miran lo que es más provechoso".

No me queda otra alternativa, entonces, que proseguir con estos pasajes reales. Si no me creen, no es re-

sorte mío. Me autorrelevo de culpa.

Resulta que, de súbito, me hallé desempeñando un puesto nada menos que en la Subsecretaría de Educación. Para mí, que pensaba morir como un modesto dactilógrafo, fue un ascenso más que contundente, pues mi desprestigio, debido a un desorden absolutamente "normal", era de tales proporciones, que ningún alma habría dado una "chaucha" por mi pellejo. Los diez años que había pertenecido al Cuerpo de Carabineros de Chile me rectificaron, mas no lo suficiente...

Muy pronto hubo necesidad de un funcionario en la Secretaría del Ministro. Dicha Cartera de Estado la servía don Bernardo Leighton Guzmán, y a quien se le encomendó la tarea de buscar un empleado "idóneo" fue nada menos que a Baldelorio Riquelme, diligente abogado, y hombre de mucha experiencia, considerando que había sido secretario ministerial de 28 ministros. Cuesta entender cómo un mortal pudo arreglárselas con tantos cerebros; no cabe duda que Baldelorio poseía atributos mágicos de cortesía y sagacidad. Fuí el elegido, pero me sentí más pequeño que una hormiga cuando concurrí a su oficina para el primer examen. La filípica "baldeloriana", para que me portase bien, duró varios minutos, y el final estuvo subrayado por un breve tirón de orejas por hipotéticas maldades.

—Bien debes entender, Armando, que diplomacia ante todo; nada de ponerle y mucha seriedad. "De las mujeres mejor no hay que hablar", sólo trabajo, cabeza baja, y trabajo.

Por esos días mi orientador ascendía al estrellato: había sido designado Jefe del Departamento de Cultura y Publicaciones, y cuando el programa "Presencia Artística y Cultural de Chile", de C.B. 82, Radio del Pacífico, lo entrevistó con tal motivo, hubo diálogos inmortales, porque B.R., ni corto ni perezoso, se hizo acompañar a los estudios de la Radio por su inseparable amigo Rómulo Herrera. Tanto éste como aquél, celebrando el nombramiento ,tenían algunas copas demás en la cabeza. El locutor, luego de una charla más que jocosa, lanzó una última pregunta clave:

-¿Cómo se siente Ud., don Baldelorio, en su nuevo cargo?

-Figúrese Ud, pues mijo. Resulta que este niño...

-: Cuál niño? -interviene Rómulo.

—Julio Arriagada Augier, pues hombre. Julio (era el Subsecretario) me tenía repartiendo lápices de color, gomas, cuadernos y silabarios Matte a las escuelas pri-

marias del país. Fue espantoso, mijo. De Jefe de Materiales a la Jefatura de Cultura.

—Claro, y tú sabes. Balde, (segunda interrupción de Rómulo) que los problemas de la cultura son inaudi-

tos, tremendo ...

—¡Cállate, Rómulo. ¿Por qué no aprendes a caballerito? Bueno; cuando me recibí del puesto, me dio un susto caballo y me formulé la siguiente pregunta: ¿"En el medio forrito que te metiste, Baldelorio?" (Tal vez Baldelorio quiso monologar a lo Joyce, pero se le salió la voz, y la cinta magnética es indiscreta).

Al día siguente, fui requerido de urgencia por el ex-Secretario de Ministros; me pidió opinara referente a la entrevista, y cuando le expresé sobre ciertas ingeniosas salidas, estuvo largos minutos riéndose a mandíbula ba-

tiente.

En la Secretaría del Ministro conocí una pareja inolvidable: "Pitopán" y "King-Kong". Una tarde estaban allí; los recuerdo con sus rostros tierrosos, sus ojos pícaros y los pantalones rotos. "Los "pelusas" se miraban; quizá nadie les haya ofrecido una sonrisa. El Ministro Leighton de la fecha era jovial, sereno, muy ejecutivo y bondadoso. No creo que los años le hayan cambiado. El Ministro encontró la "pareja humana" en la puerta del Ministerio de Educación, y la hizo subir a su gabinete del 7º piso. Lo que ocurrió después es casi cinematográfico.

-; Qué hacemos, Juan Firula?

María Luisa Binimelis Passig, la única secretaria, se encargó, como improvisada asistente social, de vestir de pie a cabeza a "Pitopán" y "King-Kong". Edmundo Hernández, Secretario del Ministerio, llenó el cheque; don Bernardo puso la firma, y yo captaba.. "Pitopán" tenía un significado casi científico: pedía un "pito" y un pan. Y "King-Kong", según su compañero de desdichas, usa-

ba ese "alias" por ser simplemente bueno para los "cuetes".

Le debo a la Secretaría del Ministro el conocimiento de "Pitopán" y "King-Kong". A los dos los hice trabajar en los faldeos del cerro El Litre, de Valparaíso, como personajes de mi novela "El Mundo Herido". "King-Kong", en esa narración de submundo, se llama "Timbirita". Sin embargo, tendría que reconocer que si no fuese por el ex Ministro de Educación, don Bernardo Leighton Guzmán, nunca yo hubiera cristalizado las vidas miserandas de esos granujas mapochinos. Pienso que un sólo antecedente, para bien o mal, tuerce el destino del hombre.

surmenaje a la vista

No sé cómo lo supierou, pues mis simpáticos granujas, que aún no deparecían de mi órbita, bien poco sabían de la citada enfermedad. Simplemente me tomaron para el tandeo durante un lapso bastante prolongado.

-; Qué te parece, Chirilo? ¡Fíjate que el Mono está

con surme?

-¿Y qué es eso, Palangana?

-¡Una enfermedad que les da a los intelectuales,

pus barbeta!

Mi surmenaje se presentó con síntomas sui géneris. Se me invirtió todo. Me explicaré mejor: la pieza la vi inclinada, el catre en la muralla, y la ventana en el suelo. Como es lógico, al despertar, me puse a gritar como condenado a muerte. Las personas que me socorrieron me hallaron tendido en la cama, pero mi mundo lo captaba al revés, y eso me dio terror. Hacía poco tiempo que me desempeñaba en la Subsecretaría de Educación, y no deseaba aparecer como un flojo prematuro.

Se iniciaron los exámenes médicos; no hubo solución. Ingerí tanta droga que nunca supe cuál me sanó. Estimo que mi desequilibrio se debió a falta de sueño, considerando que hacia 1950 llevaba cinco años durmiendo sólo a medias. Por despreciar la noche tres lustros,

recibía, con justicia, mi merecido.

Este surmenaje me dejó tiritón una pila de años, incluso debí cancelar un viaje a Cuba, pues con motivo de haber ganado una alta distinción en Concurso de Cuentos "Hernández-Catá", fui invitado a la "Isla Fascinante" por el Dr. Antonio Barreras. En una palabra,

me quedé con los crespos hechos.

Comprobé mi mejoría en forma casi humorística. En realidad, tenía mis dudas respecto a restablecimiento total. Por eso, cuando me restituí a mi trabajo en el Ministerio de Educación. lo hice con timidez, pues pensaba que podía volver el movimiento invertido en cualquier instante. El asunto se produjo cuando observaba mi cara de "cínico" ante un espejo viselado; en segundos se me movió el piso. "Me llegó" —me dije. Entristecí también en segundos, pues ello significaba que había perdido la seguridad y que sobrevendría otra vez la angustia. Tiritaba como pollo en corral ajeno. Como mis

compañeras eran muy buenasmozas no me atreví a pedir auxilio y esperé quieto que el shock pasase. Al constatar que retornaban mis días obscuros, mi única iniciativa fue agarrarme de lo primero que pillé. Pero las cosas me sucedieron de manera bien original. Resulta que mis compañeras ministeriales —mujeres después de todo— tenían miles de cachivaches en un altillo y ¡zas! se desmoronó todo. Indudablemente que los platos rotos los recibí en pleno mate. Concluí con un suculento cototo del uno que valía por dos.

Así como existen hombres pícaros y serios, hay también surmenajes traviesos y graves. En todo caso mi surmenaje me ha servido para establecer que todos los excesos son nefastos. Sólo vale la moderación. Por esta razón, sin oficiar de moralista, porque sería para la risa, recomiendo dormir toda la noche, y no transformar ésta en día. Mi filosofía "presentística" no debe ser aplicada por nadie: yo estimo el pasado como un recuerdo sin remedio; no creo en el futuro. Estrujo el presente como substancia lógica, pues siempre estoy consciente de que puedo ser cadáver sólo en milésimas de segundos.

En cierto modo pongo en duda la expresión de Rousseau, "el hombre nace sano y la sociedad lo corrompe". Yo transité por ambientes prohibidos, me di brutales costalazos, pero supe levantarme. Mis relaciones no tenían apellidos, sino alias. Era gente sin prejuicios, amoral, algunos malvados y otros angelicales. El ambiente subyugaba como "las flores del mal". ¿Por qué me salvé? Pienso que el hombre trae sus glorias y miserias en su ancestro, y que toda disciplina puritana es agua al viento. Sólo envidio a esos seres que duermen a pierna suelta toda la noche. Yo continúo en castigo y no puedo dormir; no me quejo; si lo hiciera sería un hipócrita, como esos viejecillos picarones que leen mis novelas sin que sepa la "señora". ¿Se me entiende?

Bueno; se me arrancó la personalidad y tengo que volver a mis primeras líneas. Cuando le comuniqué a mis amigos médicos mis experiencias "surmenagísticas" (estoy aburrido; no pienso consultar en el diccionario si surmenaje se escribe con jota o je, de gato; que otro lo haga por mí y me rete bien retado por ignorante), creo que estimaron que me fallaba el "coco" en ciento por ciento. Quisiera ser muy honrado y declarar que mi surmenaje fue así: burlón, despiadado, invertido en cierta manera, angustioso, cómico y triste. Reconozco que si no hubiese existido el "Chicago Chico" y la calle Bandera se habría presentado con otra careta.

Sé que determinados hechos ocurren para bien. Los

fracasos primeros, sustentan triunfos segundos.

El hombre es así y se sugestiona por todo. Una vez me salió un mínimo tumor en el pecho. Al presionarle, me dolía. "Cáncer" —exclamé. Como había ya vivido lo suficiente, pensé que lo mejor sería arreglar las maletas para rendir cuentas al Supremo. Mi error —y lo sigo pensando, aunque se enfurezca todo el Colegio Médico conmigo— fue visitar el Instituto del Rádium. Allí me hicieron tantos exámenes que parecía un cadáver viviente. La sugestión me espantó la carne: era casi un cadáver. Me observó un comité completo; algo así como cinco o siete médicos especialistas. Un facultativo muy joven me enterró un dedo en la axila derecha; pegué un grito de los mil caballos. Todos concluyeron en una sola palabra: ¡operación!

Cuando salí a la calle estaba sudado; me sentía mal. Sólo ahí pude pescatarme que los bienes materiales de nada valían ante la muerte. Sin comunicarle mis temores a ningún varón, llegué a la locura. Si me iba a morir, ; para qué cuidarme? Me pegué farras inmortales; gasté la torta mía y me encalillé por todos lados para

favorecer a los míos; firmaba letras como malo de la

cabeza. Todavía estoy encalillado.

El día fijado para la operación, no permití que nadie me fuese a dejar ni siquiera a la puerta de calle, y partí de mi barrio con la idea fija de no mirar hacia atrás. En el Instituto ocurrió lo indecible, no había cama, y me citaron para el lunes siguiente. Se supone que no aparecí más por el Instituto; las cartas de citación, por motivos de mi extraño desaparecimiento, las rompía sin leerlas.

De esto hace ya once años, pero siempre acaricio "mi cáncer". Moriré de cáncer? De lo que sea; sé que habrá que morir y buscar, en el más allá, otros lugares de "fosfóreo". Como todo lo tomo en chance, me creen loco; empero nadie me lo comunica oficialmente. Particularmente, estimo que soy un alocado, y aunque malo el mundo, no deseo morir tan "joven".

instantes famosos

Todo hombre, por u otra causa en un momento determinado se siente famoso. La falla comienza cuando uno se cree el centro del universo, es decir único, irremplazable, cachetón...

Como a mí me importa una huifa lo que piensen de

mi persona, cuento mi instante cumbre.

Era invierno y hacía un frío de los mil demonios. Bueno; diré, para no pecar de mentiroso, que me imaginaba un tiempo malo afuera, porque todos los asistentes que entraban al Salón de Bailes "Olimpia", de calle Huérfanos, vestían sobretodo y envolvían su rostro con bufanda larga. Estas impresiones las captaba muy a la ligera, pues durante toda esa memorable tarde "dominguera" había sido el más destacado bailarín de "swing". Ocurría que mis amigotes me hacían rueda para verme bailar; como vivía más en el planeta Marte que en el globo terráqueo, nunca supe si mis admiradores eran sinceros o se reían de mí. Pero, ¿qué me interesaba si mi mundo era exclusivo? Creo que dormí hasta los 28 años, y sólo de allí adelante aquilaté los dolores del género humano en toda su magnitud.

La tarde fue tan breve como un suspiro; hubo despliegue de aduladores y de sádicos profesionales de primer orden. En todo caso, me sentí con más popularidad que Fred Astaire, Bing Grosby o que el revoltoso Frank

Sinatra.

—¡Estuviste flor, Mono! —¡Nadie te baja el moño!

Los ojos de una muchacha triste me llenaron el corazón de dicha. Debí cambiarme camisa y cuello duro varias veces, porque estaba igual que si viniese saliendo del "turco", pero con la ropa puesta. "Tiger Rag" y "Saint Louis Blues" me habían dejado "pal gato". Y muy arrogante pedí mi abrigo en el guardarropía; me rodeaban muchos seres; todos reían, me admiraban; uno me puso el abrigo. "Todo va a pedir de boca" —me dije. Sonreía a diestra y siniestra, mostrando mis mínimos dientes de ratón espantadizo y enclenque.

Como lo había calculado, la calle estaba fría. Me dejaron pasar como un faraón por el largo pasillo del Olimpia. Me dirigí, en compañía de muchos granujas, al "Black and White", de calle Merced, para reconfortar mi pecho con un "corto". La gente se detenía para verme pasar.

-; Viva el Mono!

Decididamente era un famoso bailarín; flotaba. Una niña me pidió un autógrafo. En forma displicente firmé sereno: "Te espero mañana a las 7 en el Oly". La morena me cerró un ojo. Todos aplaudieron; se me endiabló hasta el último cabello.

El asedio era casi enfermizo; ya no reparaba en nadie; estaba cegado. ¿Qué raro? La fama me había llegado, igual que los futbolistas, por mis piernas. Quizá si pensé que tendría que asegurarlas, pues hubo un instante que me las toqué como si fuesen más estupendas

que las de Marlene Dietrich.

Y como la soñadora niña que caminaba al mercado con el cántaro de leche sobre su cabeza, sólo traducía luces de colores, sintiéndome más poderoso que un revezuelo medieval. En ese lapso no pude establecer que me estaba sonando la "cafetera", y que necesitaba con urgencia un siquiatra. Simplemente llegué a la locura; me veía acechado de reporteros, firmando contratos para representaciones danzísticas en Santiago. Valparaíso, Viña del Mar y Concepción. No descarto la posibilidad de haber soñado con Broadway; al final estimé que esa plaza estadounidense me quedaba chica y salté nada menos que al Moulins Rouge de París, donde alguna vez el Conde de Tolousse Lautrec pintó el rostro de una mujer sin esperanza. Allí acariciaba la cabellera en llamas de Collette o estrujaba la gracia sin par de Manón. "Se acabó la miseria" —me dije. Me rasqué la cabeza.

—¡Todos están invitados a comer! —¿No te dije que el Mono es peineta?

El "Black and White", lugarejo embriagado de fiesta, se remeció por ondas triunfales. En mi delirio comí

con abrigo puesto; los pechadores seguían en su misión. Me habían tomado de "punto", o sea de un gastador de "torta" a manos llenas. Pero esa gente, ¿no eran hormigas a mi lado? Mi popularidad superaba toda cima. "¿Y pensar que nadie creía en mí?" "Pobres tipos" — concluí.

Sin comprobar la cuenta, pagué sin hacer un solo gesto. El dinero ya no rezaba para un hombre famoso. En la calle, aunque de noche, todos reían, me saludaban o decían palabras de envidia. En la puerta del Olimpia se aglomeró más gentío y, de pronto, todo se derrumbó: dos manazos me asían con fuerza de mis solapas.

-¡Oiga, gancho, sáquese altirito mi abrigo!

Sólo ahí aterricé. Mi fama era más falsa que Judas Iscariote. Cuando miré hacia abajo constante que estaba en traje de soiré; en otras palabras, el abrigo me cubría hasta los talones. Me lo dieron cambiado en el guardarropía, y sugestionado por mis aires de gloria, no vi nada.

El dueño de la prenda estaba hecho un quique y para vengarse, me pegó un feroz chopazo en las narices. Desde entonces tengo la ñata chueca. "Chitas la fama apretada"— razoné; me dio una pena terrible.

Mis amigotes, por la risa que hicieron de mí, tuvieron que soportar una artillería de gruesos vocablos. Se supone que tal repertorio no es posible hallarlo en ningún diccionario de la Academia Española de la Lengua.

Hay algo que no puedo olvidar: siempre estuve en tela de juicio por una u otra causa. Confieso que en muchas oportunidades deseaba rectificarme; aparecer como un ser normal, mas no daba en el clavo. De esas tristes experiencias acondiciono algunos antecedentes que luego vacio en mis novelas.

Hacia la misma fecha, en Carabineros de Chile, mi

desprestigio era tan colosal que el caballo más viejo valía más que yo. ¿Y qué hacer? Tampoco desarrollaba alguna iniciativa para salir de esa órbita tan poco envidiada y transitada. Soy consciente de que todo aconte-

cía porque así estaba dispuesto que pasase.

Un amanecer llegué aterido à casa; pensaba dormir sólo unos diez minutos para luego presentarme a mis funciones de carabinero agregado a la oficina del Escuadrón de Carabineros Alumnos, de Macul. Para abrigarme, me puse lo primero que descubrí a mano. Resultó que era una mañanita bordada, con unas cintas coquetas y con ciertos agregados femeninos. A los pocos minutos estaba ya en pie y listo para dirigirme a desempeñar mi papel de carabinero-auxiliar de secretaría. Mi desgracia se inició cuando olvidé sacarme la mañanita de color celeste. ¿Y qué me importaba si yo me sabía confortable? Claro que de presentir lo que vendría a continuación, mi actitud hubiera sido bien diferente. Todo iba de viento en popa; sin embargo, al mediodía fui remecido por extraños escalofríos y fiebre punzante. Hubo un momento que creí morir. No juzgué dejar escritas mis últimas palabras, porque habría sido para la risa; no poseía nada; sólo deudas y deudas...

El propio capitán y comandante de escuadrón me halló recostado sobre el escritorio, y al percatarse de mi calamitoso estado me hizo trasladar en camilla a la enfermería. Me encontré delante del médico de la Unidad (soy tan desmemoriado que no recuerdo si fue el Dr. Humberto Olmedo o Cuadra Gazmuri), y éste me hizo sacar toda la ropa para un prolijo examen. Había muchos testigos: el capitán Genaro Bravo Opazo, el practicante Jesús Silva, el oficial de servicio, dos o tres carabineros de guardia, y tal vez otras personas. Al abrir mi pecho quedó al descubierto la femenina prenda. Todos se miraron como indagándose; algunos movieron la ca-

beza, terceros me compadecieron y otros emitieron risotadas. Se me despertó la cabeza y la enfermedad se puso en fuga. ¿Qué pensaron de mí? Mi mala fama era proverbial, pero una caída de ese calibre descomponía al más valiente. El capitán, pundonoroso por lógica, tuvo violento cambio:

-; Y con esa pinta de bruto, carabinero?

Me saltaron las lágrimas. Vi todo empañado. Hablé incoherencias.

—Ud. sabe, mi capitán, que no es así...

-; Cállate, descarado!

En términos de submundo, recuerdo que me tomaron "pal gallito" por luengos meses. nunca es tarde

De repente, descubrí —igual que Sócrates— que no sabía nada. Hice un resumen de mi pasado y, aunque para mí no tienen mucha importancia esas horas muertas, reconstituí algunas escenas de vida liceana. Desde luego había obtenido, a duras penas, un quinto año de humanidades. Consciente de mi desastre educacional, me

impuse la obligación de dar examen de madurez para concluir con el cartoncito que me daría el pomposo títu-

lo de Licenciado en Segunda Enseñanza.

Así, de la noche a la mañana, me tornó en un "mateo" incorregible; no deseaba que me regalasen las notas y estudié a fondo, con devoción. Ocupaba a la fecha, un puesto en la Subsecretaría de Educación; pero no quería recibir limosna ni aprovecharme de ciertas amistades.

Mi ada madrina en la orientación y en los ajetreos reglamentarios y legales fue Nelly Aravena, y a ella le debo haberme metido en la cabeza una infinidad de "atrocidades pedagógicas". Por ejemplo, sin entenderlo mucho, el teorema de Pitágoras me lo sabía al revés y al derecho; de memoria. Determinadas raíces no me parecían cuadradas; me tuteaba con muchas ecuaciones químicas y admiraba, por su desenchufe, al más antiguo colérico de la humanidad: el terrible Enrique VIII.

Cuando constaté que había sido designado por la Dirección General de Educación Secundaria al Liceo de Niñas Nº 7, para rendir mis pruebas de madurez, estuve a punto de desmayarme. Cargaba cerca de 40 abriles y doña Sofía Núñez, la directora, le tomé un miedo con pánico. Las mocosas me tenían sin cuidado. En el fondo, era como volver a la época del chupete, del chicle, del

torpedo, de la cimarra y de "El Peneca". Pero las cartas estaban sobre la mesa y había que ser valiente.

El primer día que pisé el Liceo de Niñas, se me subieron los pocos pelos que me quedaban. El patio estaba lleno de niñitas de zoquetes, de delantales blancos y de risa. Mi trinchera era ficticia: de inocentón perfecto. Las chiquillas iniciaron el ataque.

"Las pinché" -me dije.

Una dulce mocosuela se me acercó; tiritaba. "Estoy frito". Mi cara se tornó más grave y la mejilla izquierda, de nervios, inició un gran baile. Un conjunto de niñas, no lejos, esperaba noticias mías. La picaresca jovencita abrió tamaños ojos, y luego su boca bailarina:

¿Ud., señor, es el nuevo profesor de matemáticas?

-No, señorita. Soy alumno, y sepa, para que rían

sus amigas, que apenas sé hasta la tabla del dos.

Ufana como la mariposa de la poesía, la muchacha volvió al corrillo y todas lanzaron grandes carcajadas. Al alejarse, la más traviesa, me cerró un ojo.

Ni en los momentos más críticos me ví más asustado; pero el lobo no era tan fiero. Comprendí que mis esfuerzos no habían sido vanos. No olvidaré que en cada examen (los daba cada dos días) me tomaba fuerte dosis de calmantes, pues las educandas al constatar que era un simple suche no me daban ni bola y me pusieron "abuelito" ("cabras del diablo; siempre deseé que me

dijesen tio").

Sin embargo, todo hace falta. Le debo mucho a ese paso secundario; reconozco que las experiencias recogidas en largas noches de bohemia no se pueden balancear ni con el conocimiento teórico de cinco mil volúmenes. No es vanidad; es un axioma. No menosprecio a ningún valor; cuando escribo no pienso en las escuelas literarias imperantes en las normas de un taller o en un determinado escritor, sino que recuerdo el andar de una mujer triste, la marca de un hampón fiero, la pena de un niño abandonado, el cuadro estremecedor de un conventillo o la miseria fría de un cerro porteño. La vida, ; no lo da todo?

Bueno; tengo que volver por mi sendero ...

Baldelorio Riquelme, ex Jefe del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación, me llamó urgente a su oficina.

-Mira, Armando. Se trata de una misión muy delicada. Servirás de Edecán Literario (¡qué tal el título!) para atender a los bibliógrafos que vienen al natalicio de don José Toribio Medina. ¿Sabes algo de Medina?

-Me las barajo, Balde.

No tenía la mas remota idea del "más grande bibliógrafo de la cristiandad". Rapidísimo, a golpe seco, me metí en la cabeza que había escrito algo así como 82.000 páginas y 462 libros de investigación pura ,o sea, casi toda la Historia de América y de Chile. Ningún ensayista puede moverse con expedición sobre la materia, sin consultar previamente a don José Toribio Medina. Claro que evité de comentar las diabluras que hizo el autor de la "Imprenta en Chile" en el Archivo de Indias de España.

Afortunadamente mi paso por la Biblioteca Nacional fue vertiginoso; allí había sentado sus reales el albacea testamentario de la Sala Medina, don Guillermo Feliú Cruz, (don Guillermo tiene muy mal carácter) y para probar mi buena conducta me dio una pega simpatiquísima: tuve que pegar sobres una tarde entera.

-Oye, Balde, ; te cuento?

-¡Habla más fuerte, Armando! ¡No te oigo!

—El Edecán Literario del Ministerio se desempeña flor en su puesto: llego a tener la lengua seca de tanto cerrar sobres con invitaciones.

Quizá qué movimiento secreto hizo Baldelorio Riquelme desde el Ministerio que bien ligero cambió mi suerte, siendo destinado a una oficina del Hotel Crillón, una especie de relaciones públicas para la atención exclusiva de los delegados extranjeros. Ahí conocí al etnólogo francés, M. Paul Rivet; al General Angel Isaac Chiriboga, notable numismático y admirador casi enfermizo del héroe de Ayacucho y Pichincha, Mariscal Antonio José de Sucre. El general Chiriboga, meses después de conocerla, sirvió el cargo de Embajador de Ecuador ante La Moneda.

En la oficina del Crillón, donde trabajaba en compañía de la buenamoza Evita Jiménez, viví momentos cumbres. Por de pronto, Evita se acostumbró a mis extravagancias y se preocupaba de comprarme un cuello duro todas las mañanas para lucir más "gentleman".

—; Sabes que tendrás que poner cara más seria? Porque no imitas a Cañas (era otro de los edecanes); cuando sale en compañía del general Chiriboga se dobla un poquito, pronuncia todas las eses, y camina como

principe.

-Mira, Evita, evita de molestarme, porque hago

contacto por todos los lados; no tengo solución.

Como buen "paco" llevaba una estadística diaria de todos los acontecimientos de mi oficina del Crillón. Cuando concluí mi misión de 15 días atendiendo a los delegados extranjeros, le pasé a don Guillermo Feliú Cruz un oficio completísimo de lo acontecido al lado de mi buena-

moza compañera.

Se supone que no le informé sobre mis desenchufes interiores. Así, por ejemplo, un día de intensa labor tuvimos que quedarnos a almorzar con Evita y pedí (no recuerdo lo que pidió ella) una entrada y un biftec jugoso. En lugar de la entrada, me trajeron una sopa de tomates con un nombre francés y la carne no tenía jugo. Vociferé por teléfono. ("¿No me estaría transformando en el nuevo rico?"). Como el rayo se presentaron un maitre y un garzón.

—¿Ya la entrada? —Francesa, señor.

-Pero esa es una vulgar sopa casera.

—Así sea, pero es la entrada; nadie reclama, señor.

—; Y el jugo del beefsteak? (No me atreví a decirle

bife).

—El biftec Crillón no lleva jugo, señor.

Le expresé que me agradaban ciertas cosas france-

sas y que deseaba una entrada sólida y un trozo de filete con jugo. Para fastidiar al maitre, tomé la carne y la lancé hacia el techo; el bife, ya reseco, quedó enredado

en una lámpara clásica.

Evita casi murió de risa; igual ángulo tomamos el maitre, el garzón y yo. Este breve percance doméstico, de común acuerdo, lo anulamos con una buena copa de vino que levantamos a la memoria de don José Toribio Medina.

el discreto

"La Manzana de Arlette" (1) es un cuento de Mimí Garfias. Mimí, en la página 26 de su reciente libro de cuentos, exclama: "Qué extraño vivir para morir". No soy ajeno a esa verdad, porque lo único cierto es que "estamos viviendo para morir". Lo he pregonado muchas veces; estoy cansado. No será ésta, por ello, una

crónica pesimista. Reconozco que los amables lectores de "Las Ultimas Noticias" tendrán que soportar un artículo escrito en estilo sacapica, catete o huichichio. Partiré sobre la base de que todas las exageraciones llevan a la tumba por un camino prematuro. Habrá, entonces, que

ahuyentar la parca y ponerse moderado.

Cuando niño tuvo una de mis primeras locuras organizadas: visitar Valparaíso. En verdad, visitar "La Perla del Pacífico" no fue precisamente una locura, pero los medios de que me valí si lo fueron. Al golpear la puerta paternal para conseguir dinero y echarle una mirada a "Pancho", recibí un violento ¡no! Como ya no existían familiares capaces de retenerme partí a "La Ciudad de los Vientos" a pie, sin permiso, y con los bolsillos planchados. Recuerdo que se corría el Derby de 1932 y que la carretera era una sola nube de polvo. El viaje se hacía por San Pablo, Cuesta Lo Prado, Curacaví, Cuesta Zapata, Casablanca, y, por último, la "tierra de sueños y miserias". Los folleques se atropellaban, y el dedo—tan de moda ahora— no daba resultado, pues los pijes de la fecha, más tiesos que los coléricos actuales, lo tomaban a uno por atorrante o cargado al robo.

Dos días después, con la alegría de Colón al divisar Guanahani, admiraba la cadena de cerros y detenía mi vista en el cerro de mi niñez: "El Litre". El cerro "El Litre" sigue ostentando una pobreza franciscana; pero tiene un magnetismo enfermizo para mi persona. Como atormentado por un extraño pasado fantasmal, me dirigí a casa de un tío que vivía en el cerro Barón, de la barriada almendralina. Encaramado sobre viejo promontorio, como reyezuelo sin corona, con mi vista vi naufragar Playa Ancha, Las Monjas; el cerro Cárcel, con la historia de la viuda larga, y "el mar inmenso que se agi-

ta".

Mi tío, al redescubrirme más entierrado que un pe-

lusa, no me puso muy buena cara que digamos y me tendió la mano con algún desagrado. Le expliqué mis peripecias del viaje, y me dio muy poca bola. Tuve mala puntería, pues mi tía se hallaba en Santiago. La acogida fue helada. Me hice el desentendido; no me quedaba otra cosa.

-Tú sabes que sin tu tía la cosa no camina, y ha-

brá que ir a alguna pensión.

Constaté que mi tío era tan avaro que apestaba; no se salía por ningún motivo del presupuesto oficial. Le importaba mucho que un plato de sopa costase dos chauchas; eso, para él, era un platal.

—Sólo estaré dos días, tío.

En esos dos días comía una sola vez cada veinticuatro horas, (el viejujo alegaba hasta por los codos, refunfugando que iba a quedar en la cuerera por mi culpa) y me lanzaba a la calle tan pronto amanecía, pues temía que le desmantelara el "dulce hogar". Mis días de andanza me tenía extenuado, pero el tío "no se oye padre". Pensé que al final se pondría generoso y me pagaría la vuelta a Santiago en carro de tercera. Se puso más sordo; le convenía. Volví a la capital a pie, y más reprimido que si hubiese perdido una elección presidencial.

Una cosa me alegró: me saturé de cerro, de aire marinero y de agua salobre; vagabundeé por Plaza O'Higgins y Victoria, caminé por Colón, Independencia y Pedro Montt; miré los Héroes de Iquique; recorrí mi cerro, reviviendo viejas aventuras "vergelinas"; durante largas horas me extasié con la mirada triste de los marineros desplazados de la Plaza Echaurren. Estuve tentado por subirme a un barco e irme lejos, por allá donde se confunde el horizonte con el cielo. ¿Qué sería de mí ahora? ¿Habría muerto? A veces, un detalle cambia la vida de un ser. Fuí un cobarde.

Mi regreso a Santiago de Chile fue emocional: mi madre lloraba como guagua nueva: me creía muerto, asaltado y destrozado por imaginarios pumas. Sólo una liebre había quebrado mi paso en una zanja de Lo Zapata. El balance fue calamitoso: debí reposar ocho días sin poderme mover; tenía ampollas y llagas por todos lados; semejaba un quiltro con arestín.

Yo seguí mi destino; mi tío "apretiú" continuó el

suyo.

Me preocupó ese pariente. (Menos mal que de ese gallo no tengo ni un átomo). Creo que la avaricia y la exageración excesivas son males imperdonables. Mucho más fétido es el primer estado. Los dos, por caminos distintos, llevan al hombre a la "quieta ciudad" antes del tiempo. Lo veremos. Mi tío, que servía un puesto público, fue trasladado a Santiago. Aquí vivía, en casa propia, por la Estación Central abajo, y cuando debía trasladarse al centro por alguna diligencia impostergable lo hacía hacia adentro de los calcetines, es decir a pata. En estos viajes ahorraba la friolera de \$ 3.20; este dinero y su sueldo se guardaban casi íntegros en libretas a plazo que mantenía en diversas Cajas de Ahorros. No sacaba de las cuentas ni un solo cinco, para no perder los intereses semestrales o anuales. Si enfermaba lloraba a mares su desgracia sin llamar un médico o un practicante. Se batía a la antigua ,o sea, a yerba partida. A mi tía, de sangre ya más cercana, se le epegó esta manía y hacía comida para dos en una ollita microscópica. En ella cocía una alcachofa o una papa y la partía en dos. Cuando estos mentecatos "futuristas" cumplieron 25 años de casado, echaron la casa por la ventana; hubo consomé, gallina, postre y abrieron una botella de vino del siglo pasado. Se quedaron con los crespos hechos, porque nadie fue a visitarlos. Mis auténticos parientes son firmezas para el mosto y cuando hacen una fiesta o celebran un cumpleaños, éste dura 15 días: se mata una vaquilla y concluven todos con delirium tremens o con la cabeza a dos

manos. ¡Esas si que son fiestas!

Como la avaricia rompe el saco, mi tío lo pasaron por el aro con un negocio imaginario que daría millones. Un sobrino "cachetón" lo hizo caer en 30 lucas, y al constatar que tamaña fortuna se le escapaba enfermó sin más trámite, y siendo antiguo en sus principios, murió a la moderna: se lo comió el cáncer por los cuatro costados.

Mi tío, luego de su muerte, fue santificado y mi tía, para disfrutar de la tortilla, cuya fortuna se empinaba sobre los 20 millones de pesos sonantes y contantes, (el dólar se cotizaba a menos de \$ 300) se hizo la cirugía estética y quedó más vieja y rara que antes. Y como nadie sabe para quien trabaja de pronto, surge el discreto y todos los sobrinos quedamos con los brazos cruzados. La muy malula había comunicado que si mi tío se iba para el cielo repartiría la fortuna entre cercanos y lejanos parientes; según datos a mi me correspondía algo así como \$ 10.000, cantidad suficiente para adquirir un regio bungalow o una mansión en la Avenida Lyon. En resumidas cuentas, (me puse cursi) se corrió con la herencia...

El discreto es un individuo medio funerario, con algo de circunspecto, con dosis de anticuario, de negro, gran pinchador de viudas, mujeres separadas, casadas o abandonadas de su marido. No se desmide en nada. Es un rasputín perfecto. Siempre está al asedio; siempre sonríe; siempre sabe perder. Palmotea la espalda; es cínico con corrientes definitivas de hipocresía. Creen en el futuro; es un tonto grave sin pliegues.

Muerto mi tío apareció el discreto, y quedó la pelería y la lamentación. Yo no pongo en duda la honorabilidad de mi tía ("vieja amarrete"); pero estoy seguro que el discreto estuvo bien cerquita de la quemada. Por eso cuando veo tantos descuidados jugando a la pelota, en el club, practicando golf, en las carreras, pichicateándose, bebiendo como locos, se me ocurre algo elemental; ¿y el discreto? Y pensar que es un afanador que actúa en todas las capas sociales; es infalible su aparición.

—Yo —me decía Cachimba— ando con la iñora a las pretinas, porque es verdad eso del discreto. El bruto es aperrado para el amor. Ni don Juan Tenorio tenía tanta labia.

Yo no dudo de la integridad de la mujer, porque mucho la amo, pero hay miles de desviados que no se sienten tranquilos mientras no prueban la fruta ajena. La mujer se aburre de la soledad y el discreto posee un blablá del "uno".

^{(1) &}quot;Monólogos de Pin y Pina". Mimí Garfias. Colección "Narradores Chilenos". Ministerio de Educación Pública, Chile, 1964.